

nar con mucha pompa á su nueva esposa (1533).

Hacia dos años que se hablaba del matrimonio de un hijo de Francisco con una sobrina de Clemente VII; pero todos los que se preciaban de políticos lo miraban como una quimera (1). La grandeza de los Médicis era tan reciente, que no podían persuadirse que la augusta sangre de Francia estuviese tan próxima á mezclarse con la suya. Carlos V, consultado por el Papa, no se le opuso al principio en un proyecto que le parecia un juego; pero cuando llegó á percibir que la negociacion era seria, ya no era tiempo de parar el golpe. El recobro del Milanésado, que hacia mucho años deseaban con ardor los reyes de Francia, y que Clemente VII prometia reunir á otros grandes dominios en favor del esposo futuro de su sobrina, compensó en el aprecio de Francisco I todas las desventajas de un enlace tan desproporcionado. Así pues, apenas se resolvió el negocio, cuando el Pontífice partió con su sobrina Catalina, de edad de solos trece años, para avistarse con el rey en Marsella. Las galeras de Francia habian ido á recibirle á Pisa, junto con toda su corte, que era muy numerosa. Entró en el puerto al estruendo de trescientas piezas de artillería, y al dia siguiente hizo su entrada solemne. Las calles estaban adornadas de ricas tapicerías, todas las corporaciones eclesiásticas y seculares precedian en buen orden, junto con todos los oficiales de la corte pontificia y la mayor parte de los del rey. Venia luego la sagrada Eucaristía, llevada sobre un caballo de una blancura extraordinaria, que dos hombres vestidos magníficamente conducian por unas riendas de seda. Inmediatamente despues y en una silla abierta se veia al Papa revestido de todos los ornamentos pontificales, á escepcion

de la tiara, que se habia quitado por respeto al Santísimo Sacramento. Acompañábanle los duques de Orleans y de Angulema, hijos del rey, y seguian catorce cardenales montados en mulas, y cincuenta ó sesenta obispos y arzobispos. A corta distancia iba la jóven Catalina de Médicis, rodeada de una brillante comitiva de damas y de nobleza. Fueron á apearse á la catedral, donde se cantó el *Te-Deum*, y el Sumo Pontífice dió la bendicion (1).

El dia siguiente, dos cardenales en calidad de legados, seguidos de todo el Sacro Colegio con el decano á la cabeza, fueron á saludar al rey de parte del Papa; y despues de haberle besado todos la mano, le condujeron á la audiencia de Su Santidad. Véase aquí el orden del ceremonial, formado entonces mismo por el maestro de ceremonias del palacio pontificio. En primer lugar se veian cien maceros con sus uniformes; despues de ellos los gentiles-hombres de la guardia del rey, los señores de ambas córtes, el gran maestre de Francia y el maestro de ceremonias del Papa, marchando uno y otro en la misma linea. Descubriáanse luego los duques de Orleans y de Angulema, despues los cardenales, obispos, presbiteros y diáconos. En fin, el rey marchaba entre los dos prelados mas antiguos de este tercer orden, y cerraban la marcha los prelados ordinarios y la gente de librea. El monarca entró en el consistorio acompañado de los dos duques sus hijos y algunos de los principales señores de su corte. Besó los pies, la mano y la megilla del Santo Padre; sus dos hijos besaron los pies y la mano, y los señores solo besaron los pies. Hubo un consistorio particular para la recepcion del Delfin, el cual fué tratado en la audiencia con una distincion igual á la del mismo rey;

(1) *Hist. de Marsell. pag. 319; Rain. ann. 1533, n. 78 et seq.*

y otro para la reina Leonor y para las princesas hijas del rey. Los festines, los torneos, los espectáculos de toda especie y los regalos se hicieron con la misma magnificencia que lo demas de la ceremonia. La liberalidad del rey llegó hasta señalar pensiones á todos los cardenales, escepto únicamente el cardenal de Médicis, porque en su calidad de sobrino del Papa creyó no deberla aceptar. El Papa admitió una rica tapicería, toda tegida de oro y seda que representaba la cena de Nuestro Señor. Esta subsiste todavía en Roma, y en ella se ven, no sin admiracion, los progresos que habian hecho ya las artes. A su vez el Pontífice dió al rey una asta de rinoceronte, montada sobre un pie de oro, y que pasaba por una maravilla de las mas singulares. Creó luego cuatro cardenales franceses, de cuyo número fué Odet de Chatillon, obispo de Beauvais, entonces de edad de diez y siete años, y despues tan famoso por la apostasia á que le arrastraron la aversion al celibato y el ejemplo del almirante de Coligni su hermano. Lo que añade mucho al mérito de esta promoción es, que antes habia ya seis cardenales franceses, cuyo número fué de este modo aumentado hasta diez, contra las antiguas prevenciones de la política italiana.

Como el objeto directo de la conferencia era el matrimonio de Catalina de Médicis con Enrique, duque de Orleans, dióse principio por este negocio, el cual, estando ya resuelto, no tardó en terminarse. El mismo Papa hizo la ceremonia del matrimonio, despues de lo cual se trató del concilio general, pero sin resolver nada, porque no pudieron convenirse en el lugar de la asamblea. Para alejar, sin embargo, los peligros en que las maniobras de la heregía ponian incesantemente á la Iglesia de Francia, publicó el Papa una bula fulminante no solo contra los herejes, sino tambien contra todos los que les favorecian de cualquiera manera que

fuese. Estuvo muy distante este remedio, como nos lo demostrará la série de los sucesos, de ser proporcionado al mal. En la buena armonía con que Francisco I, amigo tan generoso, corria con Clemente VII, no olvidó los intereses del rey de Inglaterra. Hizo valer en extremo hasta los menores pasos que daba este príncipe para terminar el negocio amigablemente; dió un colorido favorable á los procedimientos equívocos; palió ó suavizó los yerros manifiestos; hizo obrar de nuevo en la corte de Lóndres; en una palabra, procedió tan diestramente con Clemente y con Enrique, que si este no hubiera tomado empeño, por decirlo así, en molestar al Papa é inutilizar los buenos oficios del rey su amigo, ó se habria hecho una composicion, ó á lo menos se hubiera usado de una lentitud que hubiese prevenido los últimos escándalos. El Papa, que ignoraba todavía lo ocurrido en Inglaterra, hasta habia prometido juzgar esta causa en un consistorio, del cual serian escludidos los cardenales del partido del emperador.

Habiendo logrado Francisco I inclinar á Enrique á que enviase embajadores al Papa, creyó ganar un triunfo al verlos llegar á Marsella; pero se encontró con que el jefe de la embajada, Gardiner, obispo de Winchester, hombre por otra parte de un genio duro é indócil, no estaba autorizado con los poderes convenientes. El inglés receloso solamente se propuso en esto tener en Marsella gentes de su confianza, ya para examinar, ya para activar el celo del monarca francés en su servicio. Francisco I, no atendiendo mas que á su candor y á la bondad de su corazon, rogó al Papa que esperase la vuelta de un correo, que enviaba á Inglaterra, á fin de hacer autorizar á los embajadores para concluir el negocio. Pero lejos de acceder á los votos de un amigo tan celoso, envió Enrique orden á sus ministros de dar á entender al Papa que no

(1) Du Bellai. lib. 4.

se le reconocía ya por juez en Inglaterra y que apelaba al futuro concilio de cuanto había hecho y podría hacer en lo venidero. Inmediatamente pidieron audiencia estos embajadores y manifestaron esta apelacion al Papa en persona. Clemente, sin romper abiertamente, dijo que daría su respuesta despues de haber consultado á los cardenales. Luego que hubo conferenciado con ellos, hizo llamar á los embajadores y les dijo pacíficamente que su apelacion no era admisible. Estos, lejos de alterarse, le significaron por segunda vez su apelacion, tanto en nombre del rey, como en el del primado de Inglaterra: lo que ofendió tan vivamente al Papa, que en vez de dar oídos á las instancias que seguía haciendo todavía Francisco I, se esforzó, aunque en vano, por separarle de los intereses de Enrique VIII. Partió poco despues de Marsella, fuertemente irritado del insulto que allí había recibido.

Francisco I, no obstante su mucho descontento, volvió á enviar á Londres quien hiciese en aquella corte las representaciones mas enérgicas. Escogió para esta comision á Juan de Bellay, obispo de Paris, muy grato al rey de Inglaterra, y dotado de toda la destreza conveniente para manejar un espíritu tan puntilloso como estremado y caprichoso. Este obispo obró efectivamente con tanta habilidad, que Enrique VIII, fluctuando sin cesar entre su conciencia y su funesta pasión, consintió en renovar otra vez sus negociaciones con el Papa. Y como para esto era necesario un agente de la mayor habilidad, creyó Enrique no poder emplear otro mejor que el mismo Bellay, el cual regresó luego á Francia y marchó inmediatamente á Italia, no obstante las muchas incomodidades de un invierno riguroso. Pero Enrique, ó solo acomodaba su conducta á las impresiones momentáneas, ó procedía deliberadamente como doloso y falaz (1).

(1) Barn. t. 2, p. 210 etc.

No estaba todavía Bellay muy lejos de la corte de Londres; cuando se declaró en ella que la potestad de los Papas no estaba fundada en principio alguno de derecho ni de equidad; que no era mas que una serie de exacciones y tiranías, especialmente opresivas de las islas británicas que ya no las podían soportar: que todos los esfuerzos hechos en el largo espacio de trescientos años para reducirla á una justa moderacion, habían sido inútiles, no quedando otro arbitrio que el de abolirla enteramente; y que por consiguiente el Papa no sería ya reconocido mas que por obispo de Roma, y no se le atribuiría autoridad alguna fuera de esta particular diócesis. Poco despues se declaró también que se cesaría de ir á Roma para toda especie de negocios; que todas las causas de que se había acostumbrado apelar al Papa, serían juzgadas en última instancia por el rey y su Consejo: que los obispos no podrían congregarse en adelante sin orden suya, y que sus estatutos ó cánones no tendrían fuerza alguna hasta que él los hubiese aprobado; en seguida se hizo predicar al pueblo que el obispo de Roma no tenía ya mas poder en Inglaterra que cualquier otro obispo extranjero.

El modo que Enrique VIII tuvo de agradecer todos los buenos oficios del mismo Francisco I, fué quejarse amargamente de la conducta de este amigo tal vez demasiado fogoso, de sus relaciones con el Papa, de los honores tributados á Clemente en Francia, y de la veneracion que la iglesia galicana conservaba á la Santa Sede. Hubiese exigido que Francisco I sacrificase su conciencia y su religion á su amistad; pero igualmente incapaz de ser infiel á su fé y á sus amigos, el monarca Cristianísimo respondió á todas las seducciones en estos términos tan dignos del hijo primogénito de la Iglesia: «en cualquiera otra cosa tendré siempre hácia Enrique el afecto de un

hermano; pero en lo que es contrario á la Religion, no me asocio con nadie.» Tal era el estado del cisma del rey y del reino de Inglaterra hácia el fin del año 1533, en el cual por otra parte se abrió la puerta al Evangelio en el vasto y rico imperio del Perú. Pero qué de crímenes y horrores debían preceder á la ejecucion de los designios de misericordia que el cielo había concebido en favor de aquellas infelices regiones!

Un aventurero, de origen oscuro (1), sin educacion, sin fé, sin costumbres, sin humanidad y que de religion no tenía mas que el nombre de cristiano, hizo la conquista de este imperio. Francisco Pizarro (tal es el nombre de este conquistador) era español, hijo natural de un hidalgo de Extremadura. Abandonado desde su primera infancia, ni siquiera aprendió á leer, y se vió reducido á ponerse á guardar cerdos. Su carácter lleno de energía y de una bárbara dureza, junto con un temperamento robusto, apenas había comenzado á desenvolverse, cuando siguió la aficion de aventurero que se había estendido en España, aun en el bajo pueblo, con respecto al Nuevo-Mundo. Embarcóse para las colonias ya fundadas, donde la ambicion y la sed de oro; iguales en él á la ferocidad, le hicieron bien pronto escoger con preferencia las expediciones mas arriesgadas. En todas partes se distinguió por su intrepidez, por sus consejos atrevidos y por una actividad infatigable: hizo olvidar el vicio de su cuna y adquirió los conocimientos necesarios para mandar en jefe. Habiendo entonces oido hablar de un nuevo pais en que el oro amontonado brillaba bajo las primeras capas de la tierra, y no concibiendo cosa alguna superior á su esfuerzo, formó el proyecto de invadir el Perú. Asocióse con Diego de Almagro, tan

(1) In Colect. Ramus. Relat. Franc. Xerez; Marian. t. 26, c. 3.

determinado como él y de un nacimiento todavía mas oscuro. Conviniéronse en que Pizarro comandase á los bandidos que pudieren reunir desde luego en número de unos doscientos, con algunos caballos, mientras que Almagro continuaria los engaños, para llevar refuerzos y ocurrir con socorros segun las necesidades. Tal fué el plan de ataque; y véase aquí cuál era su objeto.

Hacia cuatrocientos años solamente (lo que es poco verosímil, no obstante el grande número de relaciones, todas españolas); hacia, digo, cuatrocientos años, que Manco Capac, descendiente, segun los autores de estas relaciones, de algunos navegantes de Europa arrojados por una tempestad sobre las costas de América, había fundado el imperio de los Incas, donde sin embargo no se halló vestigio alguno, ni de nuestras artes mas usuales, ni de nuestra Religion, ni aun de nuestra escritura; pues los signos vagos de los peruanos eran todavía mas imperfectos que los geroglíficos groseros de Méjico. No obstante, este imperio de seiscientas leguas de ancho y de trescientas de largo, y sobre todo su civilizacion, no pudo menos de causar maravilla, en comparacion de las poblaciones salvages que le rodeaban. Unas leyes tan sencillas como el espíritu de este pueblo, el desprecio del oro y de la plata que nacian debajo de sus pies, la inutilidad de la moneda, de la que ni aun siquiera conocian el uso, la ignorancia del lujo y del comercio, su situacion entre el vasto mar del Sur y la cordillera inaccesible de montañas que la ponian á cubierto del contagio, de las conexiones y vicios estrangeros, el continuo cultivo de una tierra fértil, poseida y aprovechada en comun, su respeto religioso á un soberano que creian ser hijo del sol, es decir, del mas grande de sus dioses; un gobierno paternal que el príncipe compartía con los jefes de familia, igual-

mente responsables que sus dependientes de la inobservancia de las leyes: tantas precauciones y felices acontecimientos habían hecho prosperar el Estado durante una serie de once emperadores, por espacio de cuatro siglos de una edad de oro, al cabo de los cuales, si hemos de dar crédito á los escritores españoles, le inquietaron por la primera vez la discordia y el fratricidio.

Habiéndose apoderado el inca Huana-Capac del reino de Quito, casó con la única heredera del rey destronado, y tuvo de ella un hijo llamado Atahualpa ó Atabalipa. Este jóven príncipe debía reinar despues de la muerte de su padre sobre la herencia de su madre; pero el inca Huascar, su hermano mayor, quiso despojarle de ella, ó á lo menos hacerle tributario. Atabalipa fingió someterse al homenaje, y con pretexto de rendirlo con mayor pompa, escogió para su comitiva los mejores soldados de su territorio y se adelantó hácia Cuzco, entences capital del imperio. Huascar sorprendido fué derrotado sin dificultad, hecho prisionero y muerto, y el vencedor, no solo favorecido sino lisongeadó de la fortuna, se halló dueño de todas las provincias. Los disturbios escitados por unos crímenes, á los cuales este pueblo estaba poco acostumbrado, fueron los que dieron lugar á la invasion del imperio. Aun no estaban calmadas, ni con mucho, estas agitaciones, cuando desembarcaron en él los españoles en 1533. En medio de la confusion en que todavía se hallaba el Estado, ni el príncipe ni sus ministros pensaron en oponerse á la marcha de Pizarro, el que llegó sin ningun obstáculo á la casa real de Cascomalca.

Dicen que era una tradicion transmitida de edad en edad en el Perú, desde el fundador europeo de aquel imperio, que vendrian un dia por mar hombres barbudos, con armas tan superiores á las del país, que nada seria capaz de resistirlos. Si al-

guna cosa puede apoyar esta opinion, es seguramente la conducta que observó Atabalipa con respecto de aquel puñado de bandidos. Tenia ciudades de guerra y ejércitos, que á la verdad eran poca cosa comparados con los de Europa, pero hubieran sido mas que suficientes, á lo menos por el número, para esterminar unos bandidos casi tan mal disciplinados como sus propias tropas. El Perú por otra parte, enteramente desconocido entonces á los españoles, es un país muy escaabroso, generalmente cubierto de méganos movedizos, ó de montañas escarpadas, cortado de rios y de torrentes, de gargantas y desfiladeros, en que algunos centenares de hombres, sin ser muy resueltos, pudieran haber hecho perecer los ejércitos mas numerosos y aguerridos. Sin prevalerse de ninguna de estas ventajas, Atabalipa por el contrario solo se esmeró en dar buena acogida á unos huéspedes tan peligrosos; apresuróse á enviarles frutos, granos, y lo que sabia que los era mas agradable, vasos de oro y plata, de los cuales muchos estaban llenos de esmeraldas. Sin embargo, no dejaba de sentir la injuria hecha á su corona con la brusca aparicion de aquellos extranjeros en medio de sus Estados; por lo que no disimuló el deseo que tenia de verlos salir cuanto antes, y declaró que el dia siguiente iria á abocarse á este efecto con su gefe.

Luego que Pizarro supo esta noticia tomó inmediatamente su resolucion, y lo preparó todo para combatir; pero sin dejar percibir el menor aparato de guerra. Colocó en los jardines del palacio la caballería que tenia, pero de modo que no pudiera ser descubierta: la infantería fué apostada de una y otra parte en el patio, y la artillería en el centro, y vuelta hácia la puerta por donde debía entrar el emperador. Atabalipa fué confiadamente al sitio señalado, acompañado no obstante de doce á quince mil hombres,

tanto de su comitiva como de su guardia ordinaria. Era conducido sobre un trono de oro, y este metal halagüeño brillaba igualmente en las armas de sus tropas. Al ir á poner el pié en el lazo tendido por sus asesinos, se volvió hácia sus principales oficiales y les dijo: «Estos extranjeros son los enviados de Dios, guardaos de ofenderlos.» A la puerta del palacio donde estaba Pizarro se acercó al príncipe idólatra un español celoso, le espuso por medio de un intérprete los principales artículos del cristianismo, le instó á que le abrazase, y le propuso al mismo tiempo la sumision al rey de España, á quien el Gefe de esta Religión divina habia dado el Perú. El emperador le escuchó con mucha atencion; le respondió que de buena gana seria amigo del rey de España, mas no su tributario, y que el gran Sacerdote de los cristianos era injusto, dando lo que no le pertenecia. «En cuanto á mi religion, añadió, estoy todavía menos dispuesto á dejarla por la vuestra. Vosotros adorais un Dios muerto en un suplicio, y yo adoro el sol que nos anima á todos.» Preguntó luego dónde habian aprendido lo que acababan de decirle; y presentándole el Evangelio, le respondieron que en aquel libro. El peruano, que no tenia nocion alguna de la lectura ni de la escritura, tomó el libro con admiracion, le miró por todas partes, luego le arrojó sonriéndose y diciendo, que aquel libro no le habia dicho cosa alguna de lo que alegaban.

Y hé ahí todo el delito de aquel desgraciado inca, si no fué mas bien el oro que resplandecia debajo de sus pies y en las manos de sus súbditos. Trataron inmediatamente á él y á su comitiva de blasfemos, de impíos que pisaban el Evangelio, y que despreciando la luz que la clemencia divina hacia brillar á sus ojos, no merecian ya mas que ser precipitados sin remision en las tinieblas eternas. Inmediatamente se hizo uso

de todo género de armas; y figúrese aquí el lector, si le es posible, el espanto, el desorden, los estragos que causarian en aquella multitud sorprendida y apiñada los caballos que los estrellaban debajo de sus pies, y el efecto de la mosquetería ó del cañon, que ellos tenian por un rayo, y que echaba por tierra hasta en las últimas filas á aquellos á quienes no llegaban los tiros. En un momento fueron todos derribados unos sobre otros, y los últimos, que cayeron al golpe del sable y de la pica, acabaron de sofocar con su peso á los que habian podido conservar un soplo de vida en aquel monton de cadáveres. Hizose una carniceria horrible por todos los medios que una estremada codicia pudo sugerir á la crueldad. Pizarro marchó en persona hácia el emperador, hizo degollar por sus mas feroces asesinos todo cuanto rodeaba el trono, puso prisionero al monarca, y persiguió en el resto del dia á los que pudieron escapar del campo de batalla: una multitud de príncipes de sangre Real, los ministros, la flor de la nobleza, y todos cuantos componian la córte del emperador fueron sacrificados á la seguridad del tirano. No perdonó á una llorosa y desconsolada multitud de mugeres, de ancianos y de niños de las cercanías, que movidos de curiosidad habian acudido allí.

Pizarro, despues de esto; para saciar sin obstáculo toda su codicia, no pensó mas que en deshacerse de su prisionero, y poniendo el colmo á la atrocidad que pretendia paliar, revistió de las fórmulas del derecho el asesinato del monarca. Hicieron al desgraciado Inca su proceso en forma. Acusáronle de haber querido sublevar sus vasallos contra los españoles, y por esta imputacion, tan singular como destituida de pruebas, fué condenado y entregado á la muerte. Concluida esta ejecucion, Pizarro entró en el Cuzco, donde unos tesoros mas conside-